

Golfo de Paria

Golfo Triste

Golfo Triste de Paria y Trinidad

Lúgubre planicie

Asiento de desesperación y desolación

Antesala de las puertas del infierno

Los peligros del páramo

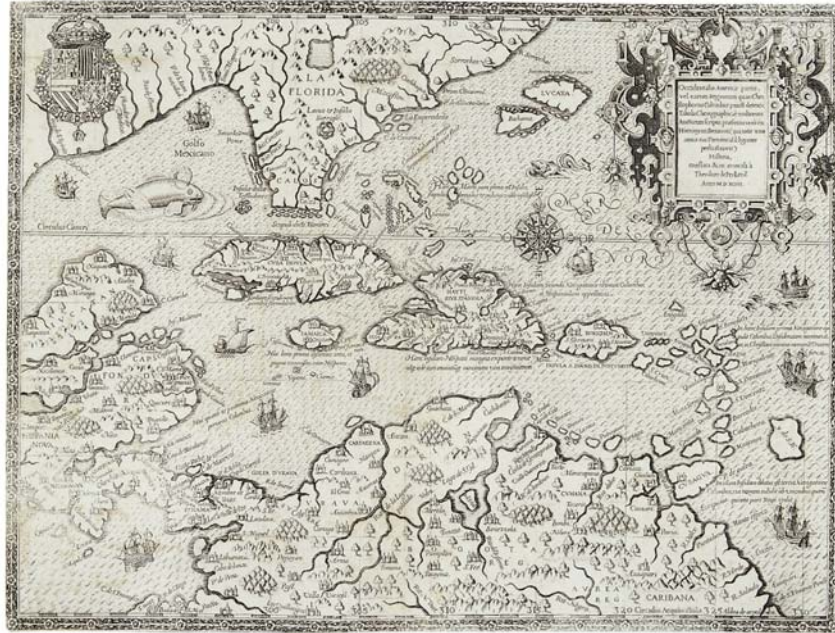
Zambumbia

Golfo del Infierno

Un río del infierno



LÁM. 63 Marsh in Terra-Firma,  
John Stedman, *Voyage à Surinam, et dans  
l'intérieur de la Guiane*, 1799,  
colección Biblioteca Nacional, Caracas.  
REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 64 Mapa de la cuenca del Caribe; costa de Venezuela,  
lago de Maracaibo, con poblado llamado «Benezuela» e indicación  
de río del Infierno. Girolamo Benzoni, *Americae Pars Quarta*,  
ilustraciones de Theodoro de Bry, 1594, págs. 10-11,  
colección Biblioteca Nacional, Caracas.  
REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 65 Luces, vegetación y aguas paradisíacas,  
atardecer en Uquire, península de Paria, estado Sucre.  
FOTOGRAFÍA FABIÁN MICHELANGELI

VII. Sentimientos de  
tristeza y angustia ante  
paisajes inéditos

(144)

Hermann GONZÁLEZ OROPEZA,  
*Atlas de la historia cartográfica  
de Venezuela*, Enzo Papi Editor,  
Caracas, 1987, págs. 24-25, 77-81.  
Dando amplias referencias al tema.

(145)

Pietro COPPO, *Il Portolano*, traducción y edición de Marisa Vannini.  
*El mar de los descubridores*, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas, 1989, pág. 182.

- 1 El encuentro de paisajes desconocidos produjo desconcierto en descubridores y viajeros. La descomposición sensitiva ante territorialidades nuevas ocasionó en muchos casos angustia y tristeza. A ello se agregan hondas desavenencias perceptivas frente a las mismas comarcas o accidentes físicos. —
- 2 Un caso relevante de percepción negativa fue el cambio de actitud ante el **golfo de Paria** reconocido como antesala paradisíaca por Colón. De la magnificencia del topónimo aborígen Paria, grabado en mapas y difundido en textos europeos de selección, se pasó al final de los siglos coloniales al topónimo **golfo Triste**. Topónimo que se fue marcando en numerosas piezas cartográficas hasta comienzos del siglo xx. —
- 3 Las indicaciones cartográficas colombinas y de los primeros navegantes andaluces fueron recogidas rápidamente por Pedro Mártir de Anglería, quien editó en latín en prensas sevillanas en 1511 el libro primero de las *Décadas*, con un mapa impreso donde se señalaba la estratégica situación del golfo de Paria en el mar Caribe. Otros testimonios veraces del proceso del engrandecimiento territorial de Paria hasta alcanzar su máxima expresión geográfica quedaron cartografiados en obras básicas, como en 1509 en la carta de Andrés de Morales, piloto y sagaz reconecedor en terreno de la realidad espacial litoral pariana; en el mapa de Diego de Ribero y en el atlas e islarío de Alonso de Santa Cruz, erudito en el pilotaje pariano. En forma sucinta aparecen representados los resultados geográficos de las exploraciones parianas en el primer tratado y descripción del Nuevo Mundo en 1519 en la *Suma de Geographia* del bachiller Martín Fernández de Enciso. —
- 4 El nombre de Paria fue uno de los topónimos indígenas más afortunados por lo temprano y persistente de su vigencia. En las grandes representaciones cartográficas europeas de las primeras décadas del siglo xvi fue señalado en forma amplia. Los perfiles de la península y golfo homónimo se señalan con diversa exactitud en la *Carta de Navegación* anónima de 1502 denominada de Kunstmann; en el *Planisferio* de Pesaro (1502-1503), probablemente inspirado en la obra cartográfica de Américo Vespucio y Juan de la Cosa; en las *Cartas de Navegación* de Nicolás Caverio (1501-1502) y de Alberto Cantino (1502); en el Mapamundi Contarini-Rosselli (1506) y en el famoso mapa de Martin Walseemüller (1507), donde aparece el nombre de *Terra Parias* (144). Más tarde, en importantes obras cartográficas y geográficas europeas el topónimo se indica con algunas variaciones. La mención más antigua que registra el esplendor de Paria se observa en el *Portulano* de Pietro Coppo, editado en Venecia en 1529, donde se le señala como «la tierra Paria o mundo nuevo por su grandeza» (145). —
- 5 A partir de la primera década del siglo xvi se fue evidenciando la pérdida del esplendor de Paria. En años posteriores sólo fueron quedando relictos efímeros, que demoraron la certeza de esta decrepitud en cercanos espacios antillanos y lejanos sitios europeos, obnubilados por las perlas de Nueva Cádiz de Cubagua. Tras el descubrimiento de los grandes imperios continentales azteca e inca, el sistema de rescate con poblamiento efímero de rancherías y factorías en Paria, costa de las Perlas, islas margari-teñas y tierra de Zenúes en el Darién, fue quedando obsoleto. Perdido el interés por los esclavos indígenas dado su disminución demográfica y el incremento de la trata negrera, agotados los grandes placeres perlíferos y saqueados los reservorios de oro guanín en poblados y cementerios indígenas, la costa del golfo de Paria tomó un papel secundario, siendo desplazada por otros puntos de referencia en el Nuevo Mundo. —



(146)

HUMBOLDT, op. cit., pág. 269.

(147)

Reproducción de los mapas en Santos RODULFO CORTÉS, *Cartografía antigua de Guayana*, op. cit., págs. 146, 149.

(148)

Reproducción de los mapas de GUMILLA, José DIGUJA y SURVILLE en S.R. CORTÉS, *Cartografía antigua de Guayana*, págs. 169, 192, 224.

(149)

Agustín CODAZZI, op. cit., carta núm. 12 y en *Resumen de la geografía de Venezuela*, edición de la Biblioteca Venezolana de Cultura, Caracas, 1961, pág. 10.

(150)

Doctor J. D. VILLEGAS RUIZ, *Compendio de Geografía de Venezuela*, tercera edición, Caracas, 1908, pág. 17.

- 6 A mediados del siglo XVI se iniciaba el proceso de abandono de la quimera pariana. Con fina percepción Alejandro de Humboldt lo señalaba a comienzos del siglo XIX: «Ha sucedido con Veragua como con Darién, Urubá, Cubagua y la costa de Paria, cuyos nombres conoció toda la Europa civilizada hasta mediados del siglo XVI. Las primeras tierras que se descubrieron están hoy olvidadas y casi desiertas»<sup>(146)</sup>. Al diezmarse la población indígena, romperse el equilibrio ecológico con la irrupción de formas de vida depredadoras ambientales y desaparecer recursos naturales acumulados por milenios, quedaron sólo relictos paisajísticos que perduraron en su desolación. Había advenido el sentimiento negativo de arribar a unas comarcas tristes, que denotaban pesadumbre y melancolía. —
- 7 Testimonios cartográficos impactantes del cambio perceptivo se evidencian entre finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII. En un plano anónimo de la isla de Trinidad, sin fecha y lugar de elaboración, depositado en el Archivo General de Indias en Sevilla, se indica el cambio perceptivo dubitativo al señalarse juntos los topónimos **golfo de Paria** o **golfo Triste**. En otro plano coetáneo ya no hay duda al respecto señalándose sólo el topónimo de **golfo Triste**<sup>(147)</sup>. —
- 8 En el siglo XVIII la mención como **golfo Triste** al otrora **golfo de Paria** es unívoca en la mayor parte de la cartografía y descripciones geográficas. En el mapa que señala la edición en Madrid en 1741 del libro del misionero José Gumilla se señala con toda precisión el topónimo de **golfo Triste**, lo mismo que en el *Mapa de Cumaná* de 1761 de José Diguja y en el mapa de Luis de Surville que acompaña la *Historia Corográfica* de fray Antonio Caulín en 1778<sup>(148)</sup>. En la *Carta del Departamento del Orinoco ó de Maturín*, inserta en el Atlas que acompaña la obra de José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, editada en París en 1827, se denomina **golfo Triste de Paria y Trinidad**. —
- 9 En efecto, en el siglo XIX se plantea nuevamente la duda al haberse recuperado en parte sus paisajes. En el *Atlas* de Agustín Codazzi de 1840 se señala en el *Plano de la Provincia de Cumaná* el señalamiento al **golfo de Paria ó Triste** y en su *Resumen de la geografía de Venezuela* especifica entre los golfos el de Paria «llamado por algunos Golfo Triste»<sup>(149)</sup>. Incluso en libros de texto que circulaban a comienzos del siglo pasado se señala lo mismo: «El Golfo de Paria, llamado también Triste...»<sup>(150)</sup>. —
- 10 El impacto de sentimientos negativos ante los paisajes marítimos y litorales de la amplia entrante del mar Caribe en el litoral septentrional centro-occidental entre Tucacas y Puerto Cabello llevó a bautizarlo también como **golfo Triste**. Ello se popularizó tempranamente, a partir de 1604, con la edición de la obra de Antonio de Herrera, donde aparece el mapa intitulado *Descripcion del Distrito de la Audiencia de La Española*, que incluye una mención inequívoca a este **golfo Triste**. Así quedó immortalizado en la toponimia de múltiples otros mapas: en los de Wilhelm y Johannes Blaeu, Amsterdam, 1635; en *Terre Ferme* de Nicolás Sansón D'Abbeville, 1656; en *Terre Ferme* de Nicholas de Fer, 1705, donde se reitera Golfe de Tristesse; en el *Map of the West Indies* de Herman Moll, 1727, donde se señala como G. of Triest; en el intitulado *A New and Accurate Map of Terra Firma and the Caribbe Island* de Eman Bowen en 1747; en *Amérique Méridionale* de Didier Robert de Vaugondy en 1750; en la espléndida obra cartográfica jesuita *Provincia Quitensis* de Carolo Brencano y Nicolao de la Torre editada en 1751; en la *Carte de la Terre Ferme, de la Guyane et du Pays des Amazones* de Rigoberto Bonne en 1785; del *Mapa General del Nuevo Reino de Granada* de orden del Virrey D. José

VII. *Sentimientos de  
tristeza y angustia ante  
paisajes inéditos*

(151)

Villegas RUIZ, op.cit., pág.17.

(152)

Louis-Philippe, conde de SÉGUR,  
*Memorias, recuerdos y anécdotas*,  
reproducida en la obra editada  
por Carlos F. DUARTE, *Misión  
secreta en Puerto Cabello y viaje a  
Caracas en 1783*, Fundación  
Pampero, Caracas, 1991, pág. 307.

(153)

William DUANE, *Viaje a la  
Gran Colombia en los años 1822-1823*,  
Instituto Nacional de Hipódromos,  
Colección Venezolanista,  
Serie Viajeros, Caracas, 1968,  
tomo I, págs. 238-239.

Ezpeleta de 1790, reproducido en 1816 por orden del general Pablo Morillo; en la *Carta del Departamento de Venezuela*, inserta en la ya mencionada historia de 1827 de José Manuel Restrepo. En cambio, Codazzi no lo nombra entre los principales golfos venezolanos. Seguramente por no considerarlo por tal por su amplísima entrante. Sin embargo, ello fue subsanado en ulteriores obras geográficas de la segunda mitad del siglo XIX, precisándose incluso, en los libros de texto de inicios del siglo XX: «*El golfo Triste*, que se extiende desde la Punta de Chichiriviche, del Estado Lara, hasta Puerto Cabello, en el Estado Carabobo...» (151). ─

- 11 Entre las múltiples percepciones que demuestran la expresividad negativa del topónimo nos parece sumamente ilustrativa la visión del Conde de Ségur en febrero de 1783: «Mientras más se acerca uno a las costas de este continente, la masa sombría de esas altas montañas parecen difundir sus sombras sobre el mar y propician pensamientos melancólicos en el alma. Sobre todo sus fondos, o mejor dicho sus golfos, presentan al ojo un espacio tan negro que se creería, al entrar en ellos, penetrar en el reino de los manes. Por esta razón, nunca un nombre fue tan justamente aplicado como el de Golfo Triste que se le da al Golfo de Puerto Cabello» (152). ─
- 12 En el transpaís también fueron percibidos con gran sentimiento de tristeza y desolación los paisajes más áridos de la depresión barquisimetana. El coronel William Duane hizo referencia en diciembre de 1822 a esta travesía como una ruta en lúgubre planicie, muy apropiada para servir de escena a las imaginaciones de Milton, Virgilio o John Bunyan: «El martes 10 de diciembre salimos de Barquisimeto y comenzamos a recorrer su árida e inhóspita planicie. Al principio subimos por una cuesta y atravesamos una aldea, que hubiera podido servir a la imaginación de John Bunyan para situar en ella el asiento de la desesperación y la desolación. De ahí en adelante la ruta siguió en línea recta hacia el oeste. No hay palabras que permitan transmitir una impresión suficientemente clara y expresiva de esta llanura, de la vegetación que la cubre, ni de las montañas que surgen primero al noroeste, aparentemente calizas y mostrando aquí y allá algunos macizos o fajas rastreras de espinoso cactus; aunque en ciertos sitios de sus laderas parecía crecer alguna hierba, ésta presentaba el color de la cal por donde reptaba ralmente. Enormes barrancos se abrían en los costados de estos cerros calizos, una de cuyas vertientes reverberaba con el brillo de los rayos del sol, mientras la otra permanecía en la sombra proyectada desde la altura, y era lo único que interrumpía aquel panorama monótono y lúgubre» (153). ─
- 13 La hipersensibilidad negativa de Duane le lleva a exagerar los rasgos de este ámbito geográfico, dominado por las cactáceas y los grises de sus suelos áridos calizos, presentándolo como la antesala de las puertas del infierno, citando incluso un verso del libro primero del *Paraíso Perdido* de Milton: «El cactus rastrero común (opuntia) abundaba a la orilla de aquella compacta vegetación, por donde al parecer se abrió en otro tiempo un camino a través de esta lóbrega planicie, la cual hubiera podido ahorrar a los poetas todo esfuerzo de inventiva —a causa de lo apropiadamente que refleja la más solitaria desolación— para describir las fronteras del infierno y el valle del pecado o de la muerte. ─

— — Cual si del rayo heridas las encinas  
del bosque, o los pinos del collado,  
alzan aún sus troncos altaneros,  
sin hojas ya, y la tostada copa,  
en el marchito erial...  
... La ruta hasta las puertas del infierno  
lindaba en sus orillas con el caos.

opuapuo oauiaqz



LÁM. 66 Sierra de la Culata, estado Mérida.

FOTOGRAFÍA: ROMÁN RANGEL (ECOGRAPH)



LÁM. 67 Sierra de la Culata, estado Mérida.

FOTOGRAFÍA: ROMÁN RANGEL (ECOGRAPH)



VII. Sentimientos de  
tristeza y angustia ante  
paisajes inéditos

- 14 El calor era ardiente mientras andábamos al trote por aquella vía de temerosa uniformidad, donde no se veían hombres, animales, ni pájaros, ni tampoco arroyuelo alguno que mitigara nuestra sed. La tierra que desprendían las mulas con sus cascotes estaba formada por una mezcla de cal y de grisáceas cenizas; y después de haber avanzado cierto trecho, advertimos que en varios sitios se había hundido una masa compacta del suelo a unos diez o doce pies de profundidad. La superficie de la parte que se había ido al fondo estaba en línea perpendicular con el quebrado borde del camino y tenía una extensión aproximada de trescientas yardas por cincuenta, bajo el antiguo nivel» (154). —
- 15 Desde los tiempos coloniales era sumamente peligrosa la travesía de los páramos andinos, que se reconocen por encima de los tres mil metros de altitud, con bajas temperaturas medias inferiores a 9°Celsius, dominados por fuertes vientos y frecuentes cambios climáticos tempestuosos, despoblados de vida humana y escasos recursos con su rala vegetación de pajonales, en los que predomina sólo el frailejón. Durante el período del Encuentro los indígenas andinos todavía temían el paso de los páramos, creyendo que al fallecer sus almas irían allí, convirtiéndose en venados u osos, lo que se demuestra en el *Catecismo en la lengua Mosca o Chipcha y Confesionario*, de comienzos del siglo XVII atribuido al sacerdote jesuita José Dadey. —
- 16 La persistencia de los peligros del páramo se mantuvo durante todo el período de la Venezuela hispánica. Incluso en los albores de la Venezuela Republicana, en diciembre del año 1822, Richard Bache, oficial del ejército de los Estados Unidos, narró con honda sensibilidad las dificultades del paso de los parajes parameros: «Después de nuestra partida de La Puerta, a las 7 a.m., atravesamos una elevada montaña, llamada páramo. En la cumbre nos encontramos con un viento intenso, penetrante y helado; desde ahí se domina, sin embargo, una perspectiva muy amplia, pero de aspecto sumamente desolado. En efecto, no se divisa un solo lugar populoso o aldea de pintoresca apariencia, ni el menor vestigio de habitaciones o seres humanos, sino el áspero sendero de dificultoso tránsito, además de las rústicas y numerosas cruces de madera puestas en la fila por viandantes devotos y fatigados, y las cuales son los únicos testigos que llevan a nuestro ánimo la convicción de no hallarnos solos en el mundo. Mientras se cruza el páramo, el viento —cuyo ímpetu, por no encontrar obstáculos en su carrera, es a veces tan fuerte que casi no deja avanzar y hace escocer los ojos— pasa sin hacer ruido y produce una desazón indefinible, ante el temor de que pueda cobrar mayor violencia aún aquel elemento de la naturaleza, invisible e inaudible, y barrernos de la faz de la tierra. Aquellas estupendas masas de rocas, así como su altura y su lejanía, le dan al hombre la sensación de su completa insignificancia. Convenido así el viajero de la absoluta impotencia del hombre cuando no forma parte de un conglomerado social, procura no alejarse de sus compañeros de ruta, para estar en capacidad de ofrecer o recibir ayuda; y penetrado de un temeroso sentimiento de humildad y de genuina devoción, acelera en silencio el ritmo de la marcha, ansioso de ganar al fin la tierra feraz y guarecida de algún oculto valle, animado por el bullicio de sus moradores, a objeto de recuperar, en ese ámbito ya más reducido, la importancia como individuo que había perdido en las alturas, y ensalzar desde sitio más seguro el inmenso poderío de los árbitros de la creación» (155). —
- 17 En 1885 el viajero colombiano Isidoro Laverde describió con gran sensibilidad su paso del temido páramo de Mérida a partir de la posada de

(154)

W. DUANE, op. cit., tomo I, pág. 240.

(155)

Richard BACHE, *La República de Colombia en los años 1822-23. Notas de viaje. Con el itinerario de la ruta entre Caracas y Bogotá y un Apéndice*, Instituto Nacional de Hipódromos, Colección Venezolanista, Serie Viajeros, Caracas, 1982, págs. 159-160.

Apartaderos, enfatizando en su imponencia: «El intenso frío que allí se siente, lo desmantelado de la casa y la pésima alimentación con que el viajero trata de calmar los rigores del hambre, avivada por el ejercicio y estimulada con la frialdad de la atmósfera, ayudan á desconsolar el ánimo, de antemano preocupado con los peligros á que se ha expuesto algunos al atravesar el páramo. A las siete de la mañana del siguiente día, después de desayunarnos con **zambumbia** (agua de panela), emprendimos la subida. El día estaba resplandeciente de luz y sólo nos mortificaba al comenzar á trepar la cuesta un airecillo tan sutil y penetrante, que parecía cortarnos la piel y nos paralizaba por instantes la respiración. Cuando coronámos la altura, un vasto y bellissimo horizonte se desplegó á nuestra vista. El cielo se ostentaba completamente azul, sin que la más ligera nubecilla viniera á empañar su transparente diafanidad: á nuestro alrededor la raquíta y descolorida vegetación de esos agrestes sitios mostrábase como en lucha permanente con las escarchas y el hielo; los míseros arbustos y los desapacibles frailejones adheridos á las grandes piedras, dijéranse más bien adornos sepulcrales que señales de vida de la pujante naturaleza; y á trechos, el agua congelada, formando pequeñas planchas cristalinas y abillantadas, recordaban la altura á que nos encontrábase. La naturaleza aislada de todo contacto humano, majestuosa é imponente, nos rodeaba como pretendiendo imponérsenos con sus mudas y misteriosas fuerzas» <sup>(156)</sup>. —

(156)

Isidoro LAVERDE, *Un viaje a Venezuela*, Imprenta de la Nación, Bogotá, 1889, pág. 191.

(157)

Hermann GONZÁLEZ, op. cit., págs. 112, 114.

<sup>18</sup> Posiciones sumamente extremadas se mantuvieron durante siglos en referencia al establecimiento en paisajes húmedos y sumamente calurosos. El caso más relevante fue la hipersensibilidad negativa ante paisajes del lago de Maracaibo y golfo de Venezuela. En el mapa de Johannes Ruysch, impreso en 1508, y en la edición de Estrasburgo de 1513 de la Geografía de Ptolomeo, publicada por Martín Waldseemüller, se señala que en la zona del golfo de Venezuela se emplaza el topónimo **golfo del Infierno**, lo que ha sido conjeturado por el historiador de la cartografía P. Hermann González como originado en las altas temperaturas proverbiales en el área cercana de Coro y Maracaibo <sup>(157)</sup>. Asimismo, en el mapa de la cuenca del Caribe ilustrado por De Bry para la *Americae Pars Quarta*, edición de 1594, se señala **un río del infierno** en la zona de Maracaibo. —